

## El Puerto Braña Aller/Ayer, por Santos Nicolás Aparicio

“La toponimia no es sólo la historia de los nombres propios más usuales en un idioma, pues encierra, además, un singular interés como documento de las lenguas primitivas, a veces, los únicos restos que de algunas de ellas nos quedan. Los nombres de lugar son viva voz de aquellos pueblos desaparecidos, transmitida de generación en generación, de labio en labio, y que por tradición ininterrumpida llega a nuestros oídos en la pronunciación de los que hoy continúan habitando el mismo lugar, adheridos al mismo terruño de sus remotos antepasados; la necesidad diaria de nombrar ese terruño une a través de los milenios la pronunciación de los habitantes de hoy con la pronunciación de los primitivos”

(Ramón Menéndez Pidal, 1968. *Toponimia prerrománica hispana*, p. 5)

Palabras de presentación

del libro *El libro de Braña* (Concejo de Aller/Ayer).

*Un estudio histórico-etnográfico-geológico y toponímico de un puerto de la Cordillera Cantábrica.*

Salón de Actos del Montepío de Felechosa.

26 de agosto, 2022. 19:00 horas.

por Xulio Concepción Suárez

### Todo un paisaje toponímico allerano en el tiempo

Presentar las páginas de un libro como el de Santos supone muchos alicientes reunidos: por ser un libro sobre el conceyu allerán, vecín de los l.lenizos (como dicen los de Aller a los de L.lena); por tratarse de un estudio multidisciplinar, lejos de perspectivas localistas pasadas; y, como es evidente, por invitarme a volver la memoria a los altos de unas brañas, que por tantos años disfruté entre cabanas, cumbres, penascas, ganados, o esponjosas camperas, tras los pasos de tantos vaqueros de estos puertos.

Muchas libretinas escritas para mis trabayos asturianos, o garabateadas tantas veces, por escuchar, y anotar a toda prisa, nombres y nombres del terreno, tan sonoros como resonaban en boca de aquellos alleranos y alleranas unas décadas atrás. Y, por si fuera poco, ante el café de pota tan hospitalario al mor del fuiu, un día de nublina; o el apreciado trago de agua de **la fuente los odres**, tras una jornada agostiega. Impagable privilegio, en todo caso.

Por eso, me resulta muy grata la invitación de Santos a contemplar ahora sobre las páginas, fotografías y mapas de un libro, todo un paisaje toponímico visualizado aquí con mucha mayor precisión sobre el terreno y el papel: **nombre exacto**



**del paraje, situación cartográfica, coordenadas, fotos de paisanos y paisanas informantes** que, por muchas razones, ya no volveremos a tener el privilegio de escucharlos de nuevo al par de su cabaña, o tras los pasos de sus ganados.

Se me ocurren unos cuantos aspectos del trabayu de Santos a destacar: el libro daría lugar a **muchas lecturas, según quién lea y selecciones perspectivas**, o recuerde experiencias sobre unos mismos paisajes compartidos. En mi lectura toponímica, fui deduciendo y disfrutando con estas notas y conclusiones.

**1. Un paisaje prerromano, que comienza con las palabras y por los altos: L'Eyu (un lago remoto), El Mayéu l'Eyu, El Monte l'Eyu, Ayones (manantial cimeru), el río Ayer...**

Como adelanta el mismo autor ya en el título, el libro se titula Braña, pero supone todo un paseo histórico muy ameno que comienza en los mayaos más fonderos del puerto, y se extiende hasta las cumbres cimeras; o que comienza con unas palabras muy populares, una *braña*, un *mayéu*, y culmina con unas raíces toponímicas indoeuropeas; es decir, de hace unos ocho mil, diez mil... años, al filo del Neolítico: **L'Eyu, Ayones, el mismo río Ayer**, en su fonética más tradicional. Castellanzado en Ajo: como Ajo, en Santander, playa de Ajo, cabo de Ajo, ría de Ajo...

Por ello, el autor, mejor conocedor del léxico y la toponimia de la zona, explica **el mismo título del libro** con la precisión que acostumbra: **un estudio histórico, etnográfico, geológico, toponímico** de todo el puerto; es decir, en su retina y en su proyecto está la relación de las palabras con la historia del poblamiento por estos altos; con el sentimiento de los pobladores a la hora de traducir las formas y los usos del terreno a las palabras; y la relación con la propia naturaleza geológica del terreno del puerto: la importancia para los nativos, de las aguas, los argayos, las rocas, la vegetación posible...

Todo ello, traducido a palabras del terreno puestas por los pobladores que fueron pasando por la cordillera y por el puerto allerano desde milenios atrás: hay topónimos de raíces preindoeuropeas, indoeuropeas, celtas, romanas, latinas, medievales... Y hasta modernas, por supuesto, pues el lenguaje toponímico de un paisaje utilizado (la etnolingüística, la etnotoponimia) no se detuvo nunca: ahí tenemos, **L'Aparcamientu, El Párking, Las Pistas d'Eskí, La Urbanización, La Cafetería...** El uso del paisaje sigue asentando nombres en el milenium también.

**2. La precisión léxica allerana de un trabayu: etnografía, etnolingüística, etnotoponimia (camín viiyo, piurno, siirro, surdo..., choas, roecos, l.lú, l.los...)**

La lectura de las quinientas y muchas páginas del libro nos va descubriendo gratamente la modalidad allerana del asturiano en estas montañas; lejos de manipulación alguna con el asturiano local en su contexto, el

autor nos va recordando la pronunciación que los nativos conservan de sus formas verbales de siempre.

Sirva a modo de ejemplo, el caso de la metafonía vocálica, parecida a otras zonas (como la de sus vecinos de L.lena), pero distinta en parte y respetada hasta la fecha: palabras como *viiyo*, *piurno*, *siirro*, *surdo...*; es evidente que hubo un proceso de cierre de la vocal final influida por la vocal tónica; *viiyu*, *piurnu*, *siirru*, *surdu...*

**Lorenzo Rodríguez-Castellano** estudia el fenómeno de la metafonía alle-rana de forma exhaustiva en su obra *La variedad dialectal del Alto Aller* (1952, pp. 54 ss); y cita abundantes ejemplos oídos así en sus estudios de más de medio siglo atrás: *puzu*, *piuyu*, *tuntu*, *quezu*, *grenu*, *suilu*, *cuirnu*, *puilu*, *güiyu...*, que ofrecen pocas dudas de la vitalidad del proceso meta-fonético entonces entre los nativos de Felechosa y vecinos.

El trabayu de campo de Santos atestigua que los nativos de estos mismos pueblos, décadas después, mantienen la metafonía en el cierre de la vocal tónica (*viiyo*, *siiro...*), pero hicieron evolucionar la original vocal cerra-da final que, precisamente, había dado origen al cierre de la tónica pre-cedente; ya no hay *viiyu*, *siirru...*, como décadas atrás, sino *viiyo*, *siirro...*, reconstruido.

### Porque cada pueblo sigue siendo hoy mismo el autor de su propia len-gua

El fenómeno resulta de interés, pues en otros casos a lo largo del libro, en cambio, sí existe la metafonía al completo: *mayéu*, *tixu*, *esteblu*, *col.léu*, *ablenu*, *rizusu*, *blencu*, *forméu...*, que bien atestigua Santos a lo largo de todo el trabayu de campo, en sus numerosas entrevistas a lugareños du-rante años.

No parece contradicción alguna en el uso **metafonético**, tal vez, un caso más de la observación etnográfica que late en el trabajo: los vaqueros y nativos de los pueblos altos de Aller, siempre tuvieron contactos diarios con los leoneses y castellanos al otro lado de los cordales cimeros; por ello, cruzaban sus usos lingüísticos en numerosas ocasiones: tratos para acuerdos con el ganao, límites de aguas vertientes, mercaos, intercam-bios de productos, buenas relaciones por las cabañas, discusiones a veces por los pastos, fiestas, noviazgos...

En consecuencia, la fonética de las palabras traídas desde la Meseta Cas-tellana (Castiel.la, entre los alleranos, no por casualidad) sería inevitable entre unos y otros en conversación espontánea; de modo que los allera-nos se acostumbrarían en parte a las terminaciones finales de las palabras que venían de los usos leoneses o castellanos puros, más bien con -o final para entenderse todos; no hay que olvidar la importancia de los caminos por los altos de San Isidro: **calzadas romanas**, **camín francés**, **camín de**

**arrieros, viajeros, peregrinos...** O rebaños de pastores trashumantes por **las vías pecuarias** desde tiempo inmemorial, como por los puertos de todas la Cordillera Cantábrica.

### Su articulación asturiana en estos mismos tiempos

Con todo ello, los alleranos seguirían con su articulación asturiana autóctona, escuchada a güelos, güelas, bisagüelos..., desde bien pequeños: **puzu, piuyu, tuntu, quezu, grenu, suilu, cuirnu, puilu, güiyu...**, que bien documenta Rodríguez Castellano allá por los años cincuenta del s. pasado. Pero habrían retrocedido a un vocalismo final más castellano, por lo menos, para ciertas comunicaciones por los altos.

Para el resto, siguieron con su metafonía al completo, tal como seguimos escuchando en parte hoy mismo. Y como seguirán articulando los alleranos esa fonética llevada al extremo de la economía verbal: para qué decir, ciertamente, **chovas, robecos, l.lubu, l.lobos...**, si nos entendemos perfectamente con su reducción articulatoria en **choas, roecos, l.lu, l.los...**, sin más esfuerzos. Inteligente fonética allerana, al oído y a la vista está.

### 3. Un paisaje geográfico traducido a topónimos: Las Cascayeras, El L.legu l'Ergayá, El Siirru la L.labanera, L.lagareyo, La Salencia, La Fuente Malt tiempo, La Poza'l Reyu...

Los saberes prácticos del autor sobre el terreno resultan evidentes entre las páginas del libro: así va señalando aquellos lugares con nombres relativos a la naturaleza del terreno en cada caso. Como **Las Cascayeras**: con ese tipo de suelo en piedra de cascayu, que se deshace fácilmente, que resultan poco firmes y argaxaízos con frecuencia. O como en L'Ergayá: una zona propicia a los argayos.

Muy valorados antes lugares como **La L.labanera**: las canteras de piedra lisa y buena de trabayar para los teyaos de l.lábanas, para los pareones, para los cierres de las fincas con **chanchos** plantados en profundidad, que hacían cierres más duraderos y seguros en los praos de segar.

Interesante el dato de **La Fuente Malt tiempo**: una observación muy oportuna de los nativos que sabían cuando iba a llover en plena sequía agostiega, porque ciertas fuentes, con la bajada de la presión atmosférica, comenzaban a gotear agua de la roca unos días antes de que empezaran las lluvias. La misma observación que tenían los lugareños con otros detalles del contorno: las puertas de las casas **rinchan** por la humedad de la madera; las piedras solanas de las entradas se humedecen; caía el sarrio de las chimeneas de leña... Signos de que iba a empezar a llover.

#### 4. El paisaje botánico -fitotoponímico- a la vista: **L'Abidulial, La Col.lá Beldoso, Ablano, El Güerto l'Escoa, La Campa la Espinera, La Campa'l Guirzo (el gorbizu), La Gurbizosa...**

De paseo por las páginas del libro, o encaramados en cualquier altozano de Braña, el lenguaje toponímico nos va señalando sobre el paisaje el tipo de arbolados que más usaban los nativos, y así los tradujeron a topónimos para localizarlos sin titubeos. **L'Abidulial, La Col.lá Beldoso:** la zona de los abedules, tan rebuscados para las madreñas, los mangos más ligeros, los gaxapos de la siega, las cuyares de la mesa, las xarras pal agua, las zapicas y zapicos de ordeñar... Y hasta la corteza del tronco del abedul se usaba como remedio contra el ácido úrico en infusiones.

Muy rebuscados también lugares como Ablano: el tipo de ablanas macho, más duras, más pequeñas, más montaraces, pero sabrosas y duraderas, más frecuentes en los montes y terrenos escarpados. O La Espinera: usada por los frutos rojos que comen los animales, y hasta las personas a falta de otros más succulentos; se cogían también las flores como calmantes en infusiones. O como **Guirzo, La Gurbizosa:** el lugar de los gorbizos y gorbizas para la lumbre. O **L'Escoa:** el lugar para hacer las escobas a mano y barrer cuadras, casas y cabanas.

#### 5. El paisaje animal -zootoponímico-: **El Quentu la Cabra, La Choza los Corderos, El Mayéu los Gochos, El Grayero, La Fuente'l Pol.lero...**

Situados también en cualquier canturrial de Braña, podemos ir recorriendo con la vista aquellos lugares más propicios a cada especie animal que el autor recogió en el libro. Por ejemplo, los lugares más en la querencia de las cabras, más escarpados; o los seleccionados para los corderos que separaban de las madres hasta la hora de mamar, pues había que ordeñar también para el uso diario familiar.

Con un dato ya casi olvidado en los puertos, que recuerda **El Mayéu los Gochos:** la costumbre de llevar estos animales también a las brañas, para alimentarlos todo el verano con los frutos silvestres (gamones, carbazas, ortigas, fayucu, mostayas...); o con la leche, dibura, suero..., que sobraba de hacer las mantegas, las cuayás, el queso...; los gochos lo aprovechaban, y bajaban ya gordos para el samartín. O con alguna camá de gochinos pa vender en los mercaos. Ahí sigue El Mayéu los Gochos para atestiguarlo.

#### 6. Una lectura del puerto Braña con los cinco sentidos:

- a. **los espacios vistosos: Sierra Blanca, El Siirro Blencu, Canamora (cabana oscura, sombría, mora), Brañarreonda, Campal.longa, El Güerto l'Empuyo...**

Ciertamente, las espaciosas camperas y mayaos del puerto Braña ofrecen a la vista nombres bien descriptivos de las cualidades de cada punto del terreno: el color blanquecino que destaca en las calizas (**El Siirru Blencu, Sierra Blanca**); la coloración más bien oscura, sombría, de rincón (Canamora, *cabanamora*); los espacios más o menos redondeados entre altozanos (**Brañarreonda**); o la forma de una campera alargada (**Campal.longa**); o en un saliente más relevante: **L'Empuyo**: en realidad, como en un puyu, podiu, montículo...

**b. el murmullo del paisaje: Toneo, El Toneín, El Val.le Toneo, Mayéu Surdo, El Pingarón...**

El sonido era otra de las sensaciones con las que los nativos señalaban ciertos puntos del terreno que necesitaran atención, precaución, usos..., en cada caso. Como **Toneo, El Toneín**: lugares donde el sonido (el tono) resultaba espectacular con las tormentas, parecido al **Retriñón**, a medias entre La Vega la Valencia y los montes de Caso; los truenos retumban -retriñen- fuertes sobre las hondonadas de estos montes a la falda de las cumbres, como en Cebolleda, no por casualidad, justo bajo El Toneo.

**c. el aroma de las camperas y enramadas: La Campa la Xistra, La Yana la Xanceina, La Campa'l Romero...**

A falta de farmacias ni boticas abundantes más cerca entonces, los remedios caseros suponían la solución más al alcance de la mano en las cabañas; por ejemplo, se rebuscaba por el verano arriba la xistra: la flor tan olorosa de algunas camperas, que hace hasta la yerba más sabrosa para el ganado; como reza en la copla misma allerana escuchada varias veces a los vaqueros:

“los mejores puertos son,  
los que tienen xistra, carralina y pimpinela”.

La **xistra** era el remedio de muchas ocasiones: malas digestiones, gases estomacales, calmante para los niños...; hasta se cogían los granos maduros y se masticaban después de comer para limpieza de los dientes y buen aroma en la boca, tan lejos de profidén, licor del polo y similares; o se machacaban ligeramente las hojas y granos, para frotar la cara, el cuerpo, refrescando con buen olor. Hasta se fumaban las fueyas de la xistra a modo de tabaco (las muyeres, sobre todo), pero con funciones relajantes, para calmar la ansiedad, la irritación, el dolor de estómago...

De ahí, **La Campa la Xistra**. Como el romero, la xanceina..., y tantas otras plantas en el uso diario de las cabañas. Así quedaron los topónimos para atestiguarlo: **La Xanceina, El Romero...**

**d. el tacto de la andadura: Rufrío, La Pena Rufrío, El Sestilón...**

Especial cuidado tenían los vaqueros y nativos con los vientos, las corrientes de aire, en sus numerosas idas y venidas por los caminos a los puertos, andando o a caballo; en todo caso, las subidas en pendientes, la fatiga, el calor del cuerpo..., podía suponer resfriados, trastornos importantes, si uno se paraba en lugar indebido, con el peligro de las corrientes del norte. Ahí recuerda Rufrío el rigor de aquel estrechamiento del camino en ciertas épocas del año, sobre todo.

**e. el sabor del paisaje: La Mata los Arándanos, El Quentu la Mostayera, La Carba'l Pumar, L'Ortugalón, La Fuente la Fame...**

Y, por supuesto que, lejos de la cocina, de la mesa, del arca de casa, en las cabañas, por los caminos, por las carbas y los puertos, había que seguir comiendo los frutos que se encontraran según la estación del año: arándanos, mostayas, manzanas montesas, peruyas... Hasta las ortigas se comían en tortilla en algún tiempo y a falta de patatas más sabrosas. Así seguimos leyendo en el libro: La Mata los Arándanos, El Quentu la **Mostayera**...

Y hasta un topónimo nos recuerda la otra cara de la braña para algunos y algunas menos pudientes: **La Fuente la Fame**, fuente de *pingarata* al S. de La Marfonda, pasando el río. Muchas anécdotas con las necesidades de comida por los montes en unos tiempos tal lejos de los famosos "taper" de ahora y similares: la fame sólo se mitigaba en las largas andaduras con los frutos silvestres, las moras, los arándanos, los *prunos*, los *ablanos*, las castañas, las bellotas... Tal vez, las buenas aguas de esta fuente supondrían un alivio más para acompañar tanta dieta fructífera.

El **Río la Fame** es también un arroyo de Tinéu, que desciende por Tuña desde los altos de Cadavales: una zona de tierras muy escasas en praderas y sembrados, sólo propicia a las cabras y poco más; siglos atrás, únicos espacios comunales al servicio de los menos pudientes, con menos praos y pastos pal ganao. El nombre estaría bien puesto por alguien que vivía la situación en su momento.

**7. Un paisaje solidario que atestiguan otras palabras: Las Comuñas, Praos de las Comuñas, El Río las Comuñas, El Col.léu las Comuñas...**

En la toponimia que se va sucediendo por las páginas del libro de Braña el autor recoge otra costumbre muy solidaria de los brañeros en su tiempo, los topónimos sociales, en este caso la costumbre de las comuñas: las

formas del aprovechamiento comunal de unas fincas en un tiempo acordado, según el uso consuetudinario.

Así, en proporción al número de vacas de cada brañero (las llamadas *vacás*), se abrían los cierres interiores de las fincas para que todas las vacas pastaran libremente por los terrenos particulares de cada uno; el que tenía diez vacás, metía diez vacas; el que tuviera dos, metía dos, en proporción. Pero todas las vacas se beneficiaban de la calidad del pasto del conjunto de praos. De esta forma tan compartida, también quedarían más limpias las praderas, sin rincón ni yerba alguna por recorrer. Una medida tan solidaria como económica y ecológica a la vez.

#### 8. Los límites que marcan las aguas vertientes: La Raya, El Picón de la Raya, La Yana'l Fitu...

La toponimia social del paisaje allerano queda recogida también en las páginas que fue tejiendo Santos en el libro. Es el caso de términos que atestiguan los límites de los pastos en unos tiempos tan precarios: una vaca más, unas ovejas..., suponían los productos inmediatos diarios para toda la familia (leche, mantega...); por eso, eran tan decisivos los pastos hasta los límites con las regiones vecinas, en ocasiones siempre un poco en litigio, cuando los animales no los respetaban (caso de las *prindás*).

El criterio de separación se decidía con **las aguas vertientes**: si las aguas vierten a mi ladera, los pastos, míos; si las aguas vierten a tu ladera, los pastos tuyos; de ahí que a veces se levantaran pareones, cierres, muros, estaqueras... Otras, en cambio, cuando había una explanada que no permitía decidir las aguas, se dejaba una franja de unos cuantos metros por el medio, pero con la vigilancia diaria del brañero, para mantener sus animales hasta esa franja sin rebasarla; en otro caso, se prindaba el ganado, con el pago luego para rescatarlo.

Ahí queda **La Raya, El Fitu...**, para atestiguarlo: en unos casos, sólo una difusa línea en la cumbre; en otro, una piedra plantada (un finxu, un fitu...), que señalaba con más precisión el límite de los pastos y de las aguas vertientes, tan conflictivos en ocasiones.

#### 9. Los límites temporales: El Yenu los Marniegos...

Muchos acuerdos y desacuerdos ocasionales habrían de surgir por los pastos en tiempos de economías tan precarias para la mayoría: hasta tendrían que acordar las zonas entre los que permanecían todo el año en los pueblos altos a la falda de los puertos (pueblos de Felechosa, Cuevas, Ruayer, Yananzanes, Casomera...); y los que bajaban a invernar a pueblos más fonderos, evitando los rigores del invierno en los altos. De ahí algunos conflictos inevitables, como recuerda la copla:

“Si pasas per Casomera  
y l.levas caballería,  
nun digas nin so nin arre,  
que igual te quitan la vida”

Así quedaron los términos **mariniegos y marigüelos**. Los que invernaban arriba habrían llamado *mariniegos, marniegos*, en tono un tanto irónico, despectivo, a los que bajaban en el invierno, por ser más comodones, acomodados; como los de la marina; y, con la misma respuesta, los que invernaban abajo habrían inventado su voz correlativa, *marigüelos*, para ridiculizar a los que se quedaban arriba, como más montunos, en una vida más rústica, con menos comodidades...

Así, como deformación del mismo *marniegu*, los vaqueros de pueblos más fonderos se habrían inventado el término *marigüelos*, con ese sufijo despectivo (*-uelos*), para menospreciar, ridiculizar a los que se quedaban todo el año en los pueblos altos; *marigüelos* sería un poco equivalente a montunos, montaraces..., en aquella inevitable rivalidad entre los pueblos vecinos de un mismo valle, incluso. Quedan también las coplas con esas ironías para cada pueblu:

“En Casomera dan palos  
a los pueblos forasteros.  
En Vil.lar, como hay gran carba,  
críanse grandes carneros.  
En Río Aller, montaraces,  
no entran en ningún gremio.  
En Santibañez, palacianes,  
y en La Fuente, carreteros.  
En Llanos, hombres de bien.  
¡Bien sabe el cielo que miento!”.

No obstante, y con esas ciertas rivalidades inevitables para sus tiempos, la convivencia diaria debía ser también obligada, por voluntad o por fuerza mayor, como recuerda la copla a unos y otros coincidentes por los caminos inevitables:

“Cuando l’abiduriu rincha,  
y El Picu Torres brama,  
marniegos y marigüelos  
ya podéis baxar de Braña”.

**10. La imaginación en la braña, el lenguaje metafórico, siempre de camino entre la casa y la cabaña: Vega la Escudiel.la, El Val.le’l Pletu, La Vega’l Pletu, La Ol.la, El Val.le Ventaniella, El Picu la Ventanona, El Torres, El Bail.laero l’Oso, Cebol.lero, Valmartín, La Mezquita la Braña, El Camín de los Moros...**

Las páginas del libro de Santos dan para muchas rutas, reales o virtuales, lo mismo sobre los senderos de Braña, que sobre las mismas palabras del terreno, tomadas en formas tan imaginativas, visuales, metafóricas... Todo un lenguaje cotidiano en su tiempo, pero aplicado a cada punto del paisaje con la precisión de los usuarios en cada tiempo.

Sirva el caso de **La Escudiel.la**, **El Pletu**, **La Ol.la**: la descripción más precisa de una vega un poco empozada, como en forma de *escudiel.la*; o un valle más apacible, casi como un *pletu*; o una poza del terreno, casi como una *olla* de hacer la comida, o de poner la leche a enfriar en La Fuente l'Odre. Es el lenguaje familiar, el de los utensilios de la casa, recordado desde las retinas de las cabañas: la toponimia más imaginativa.

Como describían una vaguada expuesta a los vientos, vistosa, abierta, como **Ventaniella**, **La Ventanona**; o imaginaron una **Mezquita** donde sólo había una *mozqueta*, una fisura del terreno, una cuaña, por alguna leyenda del paso imaginado de los moros; o el mismo Camín de los *Moros*: un camino simplemente alto (a la raya de los *muros*, las pendientes rocosas), sin duda con mucha tradición de pasos estratégicos, escondidos, furtivos, fugitivos, de estraperlo..., como tantas veces resultaba obligado caminar de forma tan discreta por las montañas.

O **la imaginación popular**, la **sana inteligencia** de los nativos en busca de explicación a sus nombres tan pateados, que fue transformando expresiones antiguas, ya sin sentido para ellos, en nombres más familiares que pudieran tener explicación, según ellos. Sería el caso de **Cebol.lero**: topónimo castellanizado, con varias interpretaciones populares. Si bien algunos lugares pueden recordar **las cebollas**, **cebol.las silvestres** (las de los xabalinos, sobre todo), no parecen estos parajes, fríos y escarpados, tierra abonada para cebolla alguna.

Por ello, más bien habría que pensar en una referencia a la simple altura (cabezas naturales, cepas, colladas pequeñas): la acumulación de cimas rocosas concentradas en un espacio reducido pudiera haber motivado la imagen figurada de unas cepas reunidas, cabezas montañosas relevantes. En el origen, la posible raíz preindoeuropea *\*keb-* ('altura, montaña'), más sufijo abundancial *-et-* considerado, asimismo, de origen prerromano, latinizado en *-etam*.

Y así se iría transformando la raíz a través de voces de uso diario, hasta llegar a las **imaginadas cebollas**. Por ejemplo, sería adecuada la voz *cēpam*, a través del derivado *cepŭllam* (cepa pequeña, aplicada al monte) en el uso figurado de la palabra. O a través de la expresión *caput vallis* ('cabeza del valle'), **capitellum**, **capitellam**, muy generalizada en distintas toponimias peninsulares, como en **Caboalles**, **Pena Cabello**, **Pena Caballo**, **La Cuestal'** **Caballo**... Pero, en el origen, sólo la cabeza, lo alto del valle...

## A modo de conclusión

En fin, caminando aquí, de forma virtual ahora, sobre las tupidas páginas del libro de Santos, o encaramados en cualquier picu o canturrial sobre aquella impresionante bucólica vaguada del puerto Braña, a través de topónimos tan precisos situados por el autor, podemos disfrutar de todo un **paisaje histórico-etnográfico-geológico, toponímico**, que el autor subtítulo desde el título del libro.

Todo un documento etnográfico y etnolingüístico, en definitiva, de aquella vida en los pueblos de montaña, tan creativa, dinámica, ecológica, social..., desde antes ya de romper el alba; todo un **documento de investigación histórico** para una mejor lectura en adelante del conceyu allerán.

De forma paralela, **aquel amor que los nativos sentían por sus paisajes**, con mejor o peor ceño, para tiempos tan precarios, queda grabado también en toda una literatura oral, que nos recuerda hasta la sana rivalidad entre los vaqueros de dos puertos vecinos, por ver quién madrugaba más para atender el ganado y baxar los productos de la semana al mercao. Lo recuerda la copla:

“Vaqueirinos del Gumial,  
que madrugáis pe la mañana  
y baxáis al camín real  
antes que los de Braña”

O aquella otra copla, con la ilusión del trabayu diariu de mazar, tal vez en boca de alguna moza que preparaba las mantegas para ese mercao semanal en Cabanaquinta; pues la güela o la madre iban a continuar el trasiego de los productos de la braña en cadena, ya desde la casa, después de la llamada **caminá** (en realidad, la caminata semanal de los vaqueros al pueblo).

Lo recuerda también esta otra copla, recitada con tanto entusiasmo y tan sentida por aquel médico de Escoyo, Juaquín Fernández, con el que tuve el honor de recorrer varias veces los puertos de La Funfría, donde él había escuchado de guaje a su güelu en las horas de cabana. Dice así la copla tan real en boca de algún vaqueru o vaquera, disfrutando la estancia del verano y los productos del puerto en su cabaña, unas décadas atrás:

“Dónde habrá delicia,  
vaquerinos alleranos,  
los odres en el arrú  
y en las fuentes estremando  
pa mazar la manteguina  
pela mañana temprano”.

En fin, canta la copla esa nota tan bucólica, entusiasta en una voz brañeira, que el mismo poeta latino Virgilio firmaría como propia, tantos siglos atrás. Simplemente, la vida vaquera allerana contada por un allerano, buen conocedor de estos altos desde la infancia.

En resumen, y para terminar, un placer y un honor, participar en la presentación de este libro del Puerto Braña: todo un minucioso documento oral y escrito, gráfico, fotográfico..., con el trabayu de Santos, que convierte las brañas alleranas en lugares idílicos para la andadura al alcance de cualquiera: pequeños, medianos, mayores, nativos o xente de paso.

Porque ahora, **estudiantes, estudiosos del terreno, o simples aficionados al paisaje de montaña**, disponen en adelante de unas páginas muy ilustradas (fotos, mapas, textos...), para añadir a otras del mismo autor: como el libro titulado *Mapa Toponímico y Geográfico de la parroquia de El Pino- Aller*, publicado hace unos años.

En definitiva, porque el conceyu de Aller dispone de un estudio muy divulgativo, visual, ameno en la lectura, tan necesario en unos tiempos con tantas cabanas cerradas a la hora de disfrutar del privilegio de los vaqueros y vaqueras de los puertos. Nos queda aquella memoria vaquera contada ahora por Santos en el libru de Braña.

por Xulio Concepción Suárez, [www.xuliocs.com](http://www.xuliocs.com)